

Síntesis sobre la secuencia cultural Neolítico - Edad del Bronce en el País Vasco

ALFONSO ALDAY RUIZ*

Como fruto de las múltiples actuaciones de campo, tanto prospecciones como excavaciones arqueológicas, contamos en la actualidad con un impresionante corpus de yacimientos y materiales atribuibles a la secuencia cultural que va del Neolítico a la Edad del Bronce. Con estos datos, y el fundamental apoyo de las seriaciones estratigráficas conocidas tanto en establecimientos de habitación como funerarios, y de las precisiones cronológicas suministradas por el C-14, estamos en condiciones de articular una definición, con sus subdivisiones internas, del marco cultural aludido.

Por ello relacionaremos críticamente las estratigrafías reconocidas en la actualidad y las dataciones absolutas para ofrecer un panorama de las formas de vida, variaciones materiales del Neolítico, Eneolítico y la Edad del Bronce junto al análisis de dos de las manifestaciones culturales más propias del momento: el fenómeno megalítico y los enterramientos en cueva. (1)

1. BASES ESTRATIGRAFICAS

Fuente Hoz (Anúcita, Alava):

La secuencia estratigráfica de Fuente Hoz ha distinguido varios niveles, interesándonos analizar el nivel I, único publicado en extensión (2), por su carácter funerario, con dos subniveles y tres momentos de enterramientos.

Llama la atención la abundante cantidad de fauna en este nivel funerario, donde se ha detectado la presencia de ciervo, jabalí, caballo, oveja o cabra. La industria lítica del subnivel Ia se compone

(1) La descripción de cada yacimiento, labores en el practicadas... que omitimos pueden consultarse en las respectivas cartas arqueológicas provinciales, en APELLANIZ, J. M., 1973, «Corpus de Materiales de las culturas prehistóricas con cerámicas de la población de cavernas del País Vasco Meridional» en *Munibe*, Suplemento I, pp. 336, y en, para Navarra, BARANDIARAN, I. y VALLESPI, E., 1984 «Prehistoria de Navarra» en *Trabajos de Arqueología Navarra*, pp. 253. Los datos que manejamos son los disponibles hasta finales 1990.

(2) BALDEON, A. ET ALII, 1984, «Excavaciones en el yacimiento de Fuente Hoz. Informe preliminar. I Campaña de excavaciones» en *Estudios de Arqueología Alavesa*, t. 11, pp. 7-67.

de elementos geométricos, microburiles, denticulados, raspadores, núcleos... La industria cerámica es relativamente escasa, siendo, en todos los casos, fragmentos lisos de muy difícil reconstrucción formal.

Se ha dudado que todo el nivel I pertenezca en realidad a una fase de enterramiento. El carácter de la industria lítica y de la fauna del mismo es más propio de un nivel de habitación que de un uso funerario, no debiendo ocultar que el nivel II es considerado como Neolítico de habitación. Es por lo tanto posible que lo funerario se incorporara a la cueva cuando ésta se hallaba prácticamente colmatada por el sedimento de ocupación anterior, y las inhumaciones perforaran y revolvieran la estatigrafía (3).

Por otra parte los restos óseos que se recogieron como muestra para su análisis de carbono 14 pertenecen tanto a restos humanos como de fauna (4), procedentes de la base del nivel I. Hubiera sido más prudente que dicha muestra proviniera sólo de restos humanos, para evitar riesgos de posible contaminación, con ello quizás no se hubiera producido la leve inversión de las fecha: 3290 ± 110 a. C. (I-11588) para el subnivel Ia y 3210 ± 110 a. C. (I-11589) para el subnivel Ib.

Gobaederra (Subijana de Morillas, Alava):

Son tres los niveles estratigráficos señalados en la cueva de Gobaederra, de ellos el A y el C son funerarios de inhumación, mientras que el intermedio lo es de incineración. Las escasas diferencias materiales entre el primer y último nivel, coincidiendo ambos en las puntas de sílex de pedúnculo y aletas con retoque plano, los punzones y los puñales metálicos, así como en las numerosas cuentas de collar, nos permite encuadrar dichos niveles en un mismo espacio cultural. El nivel A ha sido fechado por el carbono 14 en 1710 ± 110 a. C. (I-3984).

Por tanto el nivel B, no siempre presente en la estatigrafía (5) (a veces sólo lo está de forma aislada) (6) y considerado como estéril (7), no significaría un cambio cronológico. En todo caso sólo afecta

(3) Es evidente que la estatigrafía se hallaba parcialmente revuelta, al menos en lo que se refiere al segundo nivel de enterramiento: «Hemos considerado segundo nivel de enterramientos a una capa de tierra que contenía una serie de amontonamientos de restos óseos sin ninguna conexión ni relación anatómica con la industria y restos de fauna.... parece tratarse de una remoción voluntaria, tal vez con la intención de «despejar» la zona central y de más altura del covacho para practicar nuevos enterramientos. Esto mismo viene indicado por la mezcolanza de fauna e industria» (Ibidem pp. 46-47).

(4) Ibidem pp. 49.

(5) El estrato B se pierde en varios puntos de la cueva, no siendo reconocido en todos los lugares. Por ejemplo en los cuadros A-10, A-12, C-8, B-4, A-2, A-4, y D-8 (APELLANIZ, J. M.; LLANOS, A. y FARÍÑA, J., 1967. «Cuevas de Lechón, Arralday, Calaveras y Gobaederra» en Estudios de Arqueología Alavesa, t. 2. pp. 21-47 (30). Es decir, en un tercio de los excavados.

(6) «Las cenizas se presentan mezcladas con huesos del estrato subyacente, cuando el espesor de estas cenizas no alcanza los 4 centímetros y se presentan aisladas (Ibidem pp. 31).

(7) El único objeto hallado, una punta en sílex de pedúnculo y aletas, es considerado por los excavadores del nivel superior, infiltrado aquí (ibidem pp. 31).

al rito utilizado (8), aunque por las características de dicho estrato preferimos explicar sus cenizas como producto de fuegos de higiene, tal como se ha visto en otras cuevas con el mismo problema.

Los Husos (Elvillar, Alava):

La importancia dada a la estratigrafía de Los Husos, que abarca desde el Neolítico Antiguo hasta la Epoca romana, ha sido tan decisiva que sirvió a J. M. Apellániz para ordenar todos los conjuntos culturales cerámicos del País Vasco Meridional (9). Sin pararnos en una descripción de los materiales, tan sólo los más significativos, vamos a analizar los niveles diferenciados aplicando la nomenclatura de Apellániz.

Neolítico Final: Corresponde al nivel IV, con elementos materiales poco significativos: fragmentos cerámicos de recipientes varios, todos sin decorar; industria lítica escasa en la que destaca la presencia de geométricos; y abundante fauna: ciervo, corzo, cerdo, toro doméstico, cabra doméstica...

Eneolítico: Se han distinguidos tres subfases:

a) De transición (IIIB): Nivel funerario de inhumaciones múltiples. La cerámica o bien es lisa o con decoración de digitaciones en un caso, y los perfiles ovoideos abiertos con cuellos vueltos y rectos. La industria lítica es muy escasa compuesta por dorsos, un raspador y láminas retocadas. En la fauna se repiten las especies ya conocidas en el Neolítico. Datado en el 2780 ± 110 a. C. (I-5949).

b) Eneolítico I (IIIA): Nivel de enterramiento con inhumaciones y calcinaciones. La cerámica está decorada a base de pastillas, y en los perfiles se combinan los recipientes ovoideos abiertos y cerrados, además de uno carenado. Los bordes son mayoritariamente rectos. La industria lítica se caracteriza todavía por la abundancia de elementos de sustrato: permanecen los geométricos, pero aparecen por primera vez las puntas foliáceas y de pedúnculo y aletas. Están presentes las mismas especies faunísticas que en los niveles inferiores.

c) Campaniforme (IIC y IIB4): Su encuadre cultural viene definido por la cerámica con decoración campaniforme tipo Ciempozuelos, estando presente también los motivos ornamentales a base de digitaciones e incisiones. La industria lítica sigue presentando geométricos junto a elementos de retoque plano cubriente. Un fragmento de botón con perforación en V es lo más reseñable de una industria ósea donde no están ausentes los punzones. El nivel IIC está datado en el 1970 ± 100 a. C. (I-3985).

(8) Si es que de verdad se trata de un verdadero rito, o, como indica T. Andrés «una reutilización prolongada aconsejó la necesidad de quemar los restos en un momento determinado», si bien, a la larga, pudiera convertirse en un rito establecido.

(9) APELLANIZ, J. M., 1974, «El grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica del País Vasco» en *Estudios de Arqueología Alavesa*, t. 8, pp. 409.

Bronce I: Niveles IIB3 y IIB2. En la industria cerámica se detecta un cambio en los sistemas decorativos, con abundancia de incisiones digitales. El sílex sólo está presente en el nivel IIB3 con un segmento de círculo y cinco raspadores como material más característico. Sobre material óseo se han confeccionado dos puntas de pedúnculo y aletas. Por primera vez está presente el metal, con una punta del tipo Palmela.

Bronce II: Niveles IIB1 y IIA. Nivel de habitación con presencia masiva de hogares. Su cerámica es decorada con los mismos motivos que ya se conocían durante el Bronce I, y entre los perfiles, además de los ovoideos abiertos, los hay troncocónicos y carenados. Las puntas de flecha de pedúnculo y aletas en sílex continúan presentes, aunque la industria lítica ha descendido en efectivos. La industria ósea apenas si está representada, destacando una vértebra de pez perforada y una mitad de posible colgante. En metal se confeccionaron punzones y un puñal de remaches.

Bronce III - Hierro: Nivel IC. La cerámica es ya muy evolucionada, y en la industria lítica continúan las puntas de pedúnculo y aletas.

Ya en otro lugar revisamos críticamente la estratigrafía de Los Husos con definición de su industria lítica —que varía lo anteriormente indicado—. Un resumen de lo fundamental sería (10).

—Se recurre a criterios arqueológicos, a falta de claras evidencias sedimentológicas, para subdividir y definir la secuencia estratigráfica. Por ejemplo, se atiende a la presencia/ausencia de hogueras.

—Varios de los niveles estratigráficos están parcialmente revueltos, a menudo a causa de irregularidades de carácter antrópico: depresiones en IC, pozos y agujeros en el paquete II, desorden de los restos humanos hallados... Quizá por ello el bagaje campaniforme se localiza tanto en IIC y IIB2, la cerámica (11), en IIB3, punta palmela y en IB y IIC, sendos botones óseos de perforación en V.

En general podemos afirmar que tanto la industria lítica del covacho, como la metálica y la ósea es bastante pobre, sin que puedan servir de modelo de su área geográfica concreta, El Grupo de Los Husos, aunque, en su escasez marquen las evoluciones materiales más características: sustitución de las armaduras geométricas por las puntas de flechas, las cuales evolucionan hacia aletas más desarrolladas, pedúnculos más largos, disminución del tamaño y cambio del retoque invasor por el cubriente (12).

Peña Larga (Cripán, Alava):

Los trabajos arqueológicos en el abrigo rocoso de Peña Larga han puesto al descubierto una interesante estratigrafía, aún no definida al completo:

(10) ALDAY, A., 1990-1991, «Revisión crítica de la industria lítica de Los Husos, en *Kobie*, nº 19 (en prensa).

(11) BEGUIRISTAIN, M. A., 1982, «Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y la Edad del Bronce en el Alto Valle del Ebro» en *Trabajos de Arqueología Navarra*, t. 3, pp. 59-156 (83).

(12) ALDAY, A., 1990-1991, «Revisión crítica de la industria lítica de Los Husos... o. c.

Nivel IV: Paquete que descansa sobre el nivel de base de la cueva sus materiales, entre los que destacan la cerámica cardial y los geométricos (de retoques en doble bisel y abrupto) pertenecen al Neolítico, y ha sido fechado en el 4200 ± 230 y 3880 ± 110 .

Nivel III: Su funcionalidad es el enterramiento, de cremación superficial, asimilable a un Eneolítico, con una industria lítica con puntas de flecha de retoque plano y dos curiosos elementos de adorno, datado todo ello, por carbono 14, en el 2520 ± 80 a. C.

Nivel II: Paquete de tierra marrón de textura muy suelta atribuible, provisionalmente, al Bronce Antiguo gracias a la presencia de numerosos fragmentos cerámicos lisos, bruñidos y espatulados.

Nivel I: Se describe como del Bronce Medio y Final (13).

Es innegable la importancia de la estratigrafía de esta cueva, que abre interesantes expectativas en relación a la posible vía de introducción de los elementos Neolíticos en el País Vasco y Alto Valle del Ebro, sin embargo habrá que esperar a la publicación de la memoria de excavación para poder valorarla en toda su dimensión.

Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya):

Cueva que viene siendo excavado desde 1972 por J.M. Apellániz (14) y contiene al menos:

Nivel III y lechos E y F del nivel II: La base industrial sobre sílex se caracteriza por la abundancia de raspadores y buriles, en la que están presentes también las laminitas de dorso. Las dos *Nassa reticulata* son los únicos elementos de adorno conocidos. Su fechación es del 8350 ± 180 a. C. (CSIC-174) que se considera muy elevada. El conjunto se circunscribe a un ambiente inmediatamente postaziliense.

Nivel II: Excavado en seis lechos diferentes, de los cuales los nombrados del A al D forman una unidad y el E y F otra, junto al nivel III. Los primeros poseen una interesante industria lítica con gran peso del componente raedera-denticulado (15), habiendo en el B y el C microlitos. Hay asimismo indicios de domesticación animal y de pulimento. Su fechación, realizada en el instituto Rocasolano, ofreció un 7650 ± 180 a. C. (CSIC-173), fecha excesivamente alta para el conjunto material descrito.

Nivel I: Tras la segunda campaña de excavación es subdividido en tres estratos diferentes.

(13) FERNANDEZ ERASO, J., 1988, «La cerámica cardial en la Rioja Alavesa» en *Veleia*, t. 5, pp. 97-106 (100).

(14) APELLANIZ, J. M., y ALTUNA, J., 1975a, «Excavaciones en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya). Primera campaña, 1972. Neolítico y Mesolítico Final» en *Noticiero Arqueológico Hispánico*, Prehistoria, nº 4, pp. 121-154; 1975b, «Memoria de la II campaña de excavaciones en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)» en *Noticiero Arqueológico Hispánico*, Prehistoria, nº 4, pp. 157-181; 1975c, «Memoria de la III campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)» en *Noticiero Arqueológico Hispánico*, Prehistoria, nº 4, pp. 185-197.

(15) CAVA, A., 1986, *Las industrias líticas del Epipaleolítico al Eneolítico en la cuenca del Ebro. Estudio tipológico*, Tesis doctoral mecanografiada. Vitoria, noviembre 1986, p. 54.

a) IA: Con materiales revueltos: sigillata del siglo IV d. C., industria lítica sin mucha significación.

b) IB: Considerado, debido al hallazgo de restos humanos, como nivel de enterramiento. Su industria lítica es relativamente abundante; hojas retocadas un *bec* o posible perforador, raederas, raspadores nucleiformes... Los vasos cerámicos reconstituidos son del tipo ovoideo abierto, con cuellos rectos y decoración a base de impresiones e incisiones. Conjunto probablemente Eneolítico.

c) IC: Se distinguen dos fases: IC1, con una cerámica de formas ovoideas de pastas lisas, excepto una con decoración impresa. La industria lítica, escasa, presenta geométricos junto a un microburil, raederas y un denticulado. En la fase IC2 la cerámica mantiene las mismas características, combinándose la decoración impresa con la incisa. En la primera campaña de excavación se localizó un fragmento de cerámica cardial en una zona revuelta, que se ha equiparado con esta fase. Está fechado por carbono 14 en el 3015 ± 95 a. C.

Santimamiñe (Cortézubi, Vizcaya):

Ofrece una potencia estratigráfica que arranca desde el Auriñaciense (Nivel VII) hasta terminar con elementos atribuibles a la Edad del Hierro (Nivel I), y le ha servido a J. M. Apellániz (16) para ordenar las distintas fases culturales con cerámicas de la fachada atlántica del País Vasco. Los niveles que nos afectan directamente son:

Nivel IV: Posee una completa industria lítica con gran cantidad de raspadores (75), buriles, perforadores, láminas y laminitas de borde abatido, y geométricos; todo ello confiere gran fuerza a los elementos de sustrato (17).

Nivel III: Es en este nivel donde hace su aparición la cerámica, novedad que contrasta con el continuismo de la industria lítica, donde no se producen variaciones sustanciales respecto a los niveles que tiene debajo, donde siguen dominando los raspadores, no estando ausentes los perforadores, buriles, láminas y laminitas de borde abatido y los geométricos. El conjunto industrial tiene cabida en el Neolítico.

Nivel II: Hace su aparición el metal, lo que representa una novedad respecto a los niveles anteriores a él. La cerámica contiene fragmentos cuyos perfiles no pueden ser reconstruidos con seguridad, algunos con decoraciones digitales o de pezones. En la industria lítica permanecen numerosos elementos de sustrato paleolítico, con una abundante presencia de raspadores, disminuyendo los buriles; como novedad se señala la presencia de la técnica del microburil en un caso, todo ello encuadrable en un Eneolítico avanzado.

Marizulo (Urnieta, Guipúzcoa):

La estratigrafía de Marizulo ha sido centro de continuas discusio-

(16) APELLANIZ, J. M., 1975, «El grupo de Santimamiñe durante la prehistoria con cerámica» en *Munibe*, t. XXVII, fasc. 1-2, pp. 136.

(17) CAVA, A., 1975, «La industria lítica de los niveles postazilienses de Santimamiñe (Vizcaya)» en *Sautuola*, I, pp. 53-73.

nes, fruto de las diferentes interpretaciones realizadas, que pueden resumirse a:

- Laborde et alli: *Nivel I*: Eneolítico. *Nivel II*: Neolítico. *Nivel III y IV*: Mesolítico.
- Marsan: *Nivel I*: Neolítico. *Nivel II*: Mesolítico Final. *Nivel III*: Mesolítico.
- Apellániz: *Nivel Superficial y I*: Etapa tardía, seguramente Bronce. *Zona media-baja del Nivel I y alta del Nivel II*: Un período más antiguo difícil de separar.
- Cava: *Nivel I*: En las fases más antiguas Neolítico, aunque se detectan materiales Eneolíticos y de la Edad del Bronce. *Nivel II*: Paso del Epipaleolítico al Neolítico. *Nivel III y Nivel IV*: Epipaleolítico aziloide.
- Altuna et Alii: *Nivel I*: Edad del Bronce. *Nivel II*: probablemente Neolítico. *Nivel III y IV*: Mesolítico Final (18).

Aceptando la tesis de A. Cava, producto de una revisión crítica de los materiales líticos, y según la cual la fechación de la sepultura individual es correcta -3335 ± 65 a. C. (GrN-5992)— los niveles III y IV formarían una unidad cultural, encuadrable en el Epipaleolítico. El nivel II representa el paso del Epipaleolítico al Neolítico acerámico, donde ya está presente la domesticación (19).

En el nivel I se han reconocido materiales de diferentes momentos: cerámica de formas ovoideas lisa y decorada con incisiones de punzón, digitaciones o espatuladas; una industria lítica abundante con raspadores nucleiformes y en extremo de lámina, truncaduras, buril, denticulados, láminas, un cincel campañeide y geométricos; punzones y aretes óseos junto a cuentas de collar. En conjunto la mayor parte de la cerámica es atribuible a la Edad del Bronce, pero hay también materiales propios del Eneolítico y del Neolítico —geométricos y un cincel campañense—.

Abautz (Arraiz, Navarra):

La potencia estratigráfica hallada en la cueva es lo suficientemente amplia como para abarcar el amplio lapso cronológico que va desde el Magdaleniense a la Epoca Romana, pasando por el Epipaleolítico, Neolítico —Antiguo, Medio y Final— y el Eneolítico. De estos dos últimos períodos nos ocuparemos ahora.

Neolítico Antiguo: Se define como del Neolítico Antiguo los ajuares líticos y cerámicos hallados en el nivel c. Pertenece a este momento

(18) MARSAN, G., 1972, *Le probleme du Néolithique dans les Pyrennées Occidentale*, París; APELLANIZ, J. M., 1973, «Corpus de Materiales... o.c.»; APELLANIZ, J. M., 1975, «El grupo de Santimamiñe... o.c.»; CAVA, A., 1978, «El depósito arqueológico de la Cueva de Marizulo (Guipúzcoa)» en *Munibe*, vol. 30, pp. 155-172; ALTUNA, J. ET ALII, 1982, «Carta arqueológica de Guipúzcoa» en *Munibe*, vol. 34, fas. 1-3; ARMENDARIZ, A., y ETXEBERRIA, F., 1983, «Cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce en Guipúzcoa» en *Munibe*, vol. XXXV, fas. 3-4, pp. 247-353.

(19) ALTUNA, J., 1972, «Fauna de los mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa» en *Munibe*, vol. 24, pp. 189.

una cerámica confeccionada a mano, de coloraciones rojizas o marrones que denotan una mala cocción, con desgrasante muy grueso y, en general, de aspecto tosco, y una escasa industria lítica, de tan sólo 27 piezas: láminas simples con retoques de uso, láminas retocadas con retoque abrupto, excepto una de retoque simple, raspadores, buriles y lascas retocadas a la manera de raederas (20). Una pequeña muestra enviada para carbono 14 a Teledyne Isotopes (I-11,537) suministró la data de 4960 ± 450 a. C.

Neolítico Medio Final: Nivel b4. La cerámica recogida presenta dos modalidades: una de pasta lisa y tosca ya conocida desde el Neolítico Antiguo, y otra de mejor factura y superficies espatuladas. En la industria lítica perviven aún con fuerza los elementos de sustrato paleolítico: láminas simples retocadas y no, un raspador, un perforador... Fue datado por carbono 14 en el 3340 ± 120 a. C. (I-11,537).

Eneolítico: Los niveles b1 y b2, en conjunto, denotan una actividad funeraria en el interior de la cueva durante el Eneolítico. Ambos niveles, separados entre sí en la mayor parte de los cuadros por una capa de piedras, se hallaban perforados y removidos por los romanos, quienes practicaron hoyos (21). Ahora junto a la cerámica lisa y tosca aparece otra con decoración a base de mamelones, cordones digitados, impresiones de dedos, líneas incisas formando ángulos y unguilaciones. En la industria lítica se establece una ruptura con respecto a momentos anteriores, donde interesa constatar el escalonamiento observado entre las puntas de flecha de retoque plano ovales y de pedúnculo y aletas, sin que falten las láminas simples, algunas retocadas, un raspador y varios productos de talla. Son muy numerosos los elementos para el adorno personal localizados en este nivel: 551 cuentas de collar, una cheville, y una defensa de jabalí posiblemente perforada, escasa la industria ósea (punzones y espátulas), y un fragmento metálico. El nivel se fecha 2290 ± 140 a. C.

En la estratigrafía, bastante completa en sí misma, sorprende la antigüedad del nivel c, considerado como Neolítico Antiguo. Este nivel no está presente en toda la superficie de la cueva (22), y cuando aparece adquiere forma de costra calcárea, de hecho en el sondeo practicado en la boca de la cueva, su nivel correspondiente, el 2a, es estéril. Por sus características propias piensa P. Utrilla que se trate de un asentamiento esporádico, existiendo dificultades para su distinción respecto al estrato b4, al menos en cuanto a industria lítica se refiere,

(20) UTRILLA, P., 1982, «El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra)» en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3, 1982, cit., 256.

(21) *Ibidem* pp. 235.

(22) En los cortes estratigráficos (*Ibidem*, p. 214 y 218) se observa cómo el nivel c no tiene siempre el mismo grosor, y a veces el nivel b4 se superpone directamente sobre el d. Asimismo el estrato b4 corta, como en bolsas, al c en más de una ocasión. Por otra parte en la memoria de excavación se menciona la existencia de pozos: 1) En el cuadro 1C, de 18 cms. de diámetro y 28 de profundidad, perforando niveles c y d. 2) En el cuadro 1D, de 13 cms. de diámetro y 5 de profundidad. 3) En el cuadro 1D de 22 cms. de diámetro y 13 de profundidad. 4) en el cuadro 2B. Estos pozos han debido distorsionar, al menos localmente, la «estratigrafía real».

quizá porque se trate de un único momento cultural. No sería extraño, como piensa J. M. Rodanés, que los materiales hallados en el lecho c fueran de los niveles superiores —concretamente la cerámica, habiéndose colado la más pesada— e inferiores, introducidos por problemas de contaminación (23). Por otra parte teniendo en cuenta que la data de este supuesto nivel se basa en una muestra recogida junto a la superficie del nivel d no sería ilógico pensar que represente, en realidad, el final de la ocupación Epipaleolítica (24).

Padre Areso (Bigüezal, Navarra):

Los trabajos de J. Maluquer de Motes y M. A. Beguiristain permiten distinguir los siguientes (25) niveles:

Nivel IV: Compuesto únicamente por una industria lítica en la que están presentes los microlitos geométricos. Es clasificado como Epipaleolítico.

Nivel III: La industria cerámica es muy escasa, y los fragmentos hallados, tanto espatulados como decorados por baquetón liso siempre con gruesos desgrasantes en las pastas, no permiten ninguna reconstrucción formal, es probable que pertenezcan en realidad al nivel II. También la industria ósea es muy escasa, no así la lítica que cuenta con cinco geométricos, buriles, raspadores, láminas y laminitas de dorso como material más característico. Se ha contextualizado en un Neolítico Antiguo o Epipaleolítico con cerámica.

Nivel II: Se ha señalado la presencia de hogares, así como de una industria cerámica espatulada, y lítica con un geométrico, microburiles, un raspador, elementos de borde abatido y un denticulado. El uso de parte del abrigo como lugar funerario en este nivel afecta a la estratigrafía, lo que explicaría, cuando menos, la presencia de algunos hallazgos cerámicos en el nivel inferior (26). Su conjunto industrial es propio de un Neolítico Medio-Final.

Nivel I: Es subdividido en dos estratos ambos del Calcolítico-Bronce Antiguo (27). En ambos aparece cerámica vidriada muy moderna, jun-

(23) RODANES VICENTE, J. M., 1986, *La industria ósea del Neolítico y Edad del Bronce en el Valle del Ebro. Ensayo tipológico, tesis doctoral mecanografiada*, Zaragoza, pp. 33. Se echa de menos en la memoria de la excavación una distribución en planta de los materiales del nivel c, o al menos indicación de los cuadros donde han aparecido, lo que ayudaría notablemente a su comprensión, pudiendo comprobar si el conjunto de los materiales aparecen uniformemente distribuidos, o se producen concentraciones, quizás explicables por fenómenos locales de contaminación.

(24) La propia autora afirma que «la fecha del nivel c es más incierta por la posible cantidad de carbón que contenía la muestra analizada» (UTRILLA, P., 1982, «El yacimiento de la cueva de Abautz... o.c.», pp. 235. o.c., pp. 323).

(25) MALUQUER DE MOTES, J., 1963, *Notas sobre la cultura dolménica navarra*. Diputación Foral de Navarra; BEGUIRISTAIN, M. A., 1979, «Cata estratigráfica en la cueva del Padre Areso (Bigüezal)» en *Trabajos de Arqueología Navarra*, t. 1, pp. 77-90; BEGUIRISTAIN, M. A., 1987, «Nuevos datos sobre el ritual funerario durante el Neolítico y Edad del Bronce en Navarra» en *Primer Congreso General de Historia de Navarra*. Príncipe de Viana anejo 7, pp. 205-215.

(26) BEGUIRISTAIN, M. A., 1987, «Nuevos datos sobre el ritual funerario... o.c.», pp. 209.

(27) Las adscripciones culturales de cada nivel han sido tomadas de M. A. BEGUIRISTAIN, «Nuevos datos sobre el ritual funerario, cit. 205-206, por ser ésta la última publicación en que se cita al abrigo, poseyendo los datos de las tres excavaciones. Difieren notablemente de las valoraciones que esta misma autora ha realizado en otros artículos.

to a fragmentos prehistóricos de pastas espatuladas, alisadas y rugosas, algunos con decoración a base de incisiones, cordones lisos y un posible fragmento de cerámica campaniforme.

Las excavaciones han puesto al descubierto, además, dos enterramientos individuales: 1) el primero bajo fosa rectangular recubierta con lajas, con una vasija cerámica carenada y una punta foliácea de sílex por ajuar; 2) el segundo sobre fosa ovalada cubierta con bloques, escasos materiales cerámicos, junto a una *Columbella* componen el depósito funerario.

La Peña (Marañón, Navarra):

Abrigo que cuando se localizó ya se hallaba parcialmente destruido, no obstante posee una estratigrafía que refleja la presencia de un Epipaleolítico geométrico que desemboca en una incipiente neolitización, para convertirse posteriormente en un lugar de enterramiento, ya en el Eneolítico, recuperando su primitiva funcionalidad desde el Eneolítico pleno a la Edad del Hierro (28).

Nivel c: Nivel de potencia desigual y momento de ocupación funeraria, con inhumaciones colectivas, considerado del Eneolítico Antiguo. En él la cerámica es escasa, y la industria lítica, no muy voluminosa, posee como único elemento retocado una truncadura; el resto del ajuar lo componen, básicamente, conchas marinas perforadas a la manera de adornos.

Nivel b: Es el único nivel donde está presente la cerámica, siendo, fundamentalmente, de dos tipos: lisa y fina espatulada, y lisa de paredes gruesas y con abundantes desgrasantes micáceos, uno de los fragmentos se decora mediante un cordón con digitaciones. La industria lítica no es muy amplia: se recogió una punta foliforme y dos de pedúnculo y aletas, todas de retoque plano, raspadores y restos de talla. Son pocos los elementos fabricados en hueso y escasos los adornos. La amplia potencia del nivel no presentaba argumentos geológicos que permitieran una subdivisión interna, por mucho que se observara una evolución material, certificándose la presencia de cerámica propia de la Edad de Hierro en su parte superior. Ante ello se decidió recoger muestras para carbono 14 a diferentes alturas, las cuales confirmaron diferentes ocupaciones sucesivas: De -225 a -165: (BM.2360) 2400 ± 80 a. C.; De -160 a -130: (BM.2359) 1760 ± 60 a. C.; De -130 a -100: (BM.2358) 1660 ± 60 a. C.; De -110 a -750: (BM.2357) 890 ± 70 a. C.

Zatoya (Abaurrea Alta, Navarra):

Su estratigrafía, de cierta complejidad, comienza en el Paelolítico

(28) Consúltese: BEGUIRISTAIN, M. A. y CAVA, A., 1985, «Exploraciones en el abrigo de «La Peña» (Marañón, Navarra). Informe preliminar» en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 4, pp. 7-18; CAVA, A. y BEGUIRISTAIN, M. A., 1978, «Cronología absoluta de la estratigrafía del abrigo de «La Peña» (Marañón, Navarra)» en *Veleia*, 4, pp. 119-126.

Superior Final, con elementos de aspecto magdaleniense y fuerte tendencia mocolaminar en su industria lítica, continuará durante un Epipaleolítico Pleno, siendo el Neolítico Antiguo su último momento de habitación, pues en un momento posterior fue destinada a albergar un número indeterminado de inhumaciones (29).

Los niveles I y a22 son los considerados Neolíticos significando una ruptura respecto a los anteriores. Se caracteriza por una industria lítica donde conviven los raspadores, las raederas, los denticulados, descansando su base en el componente geométrico y en las laminitas de dorso. Por su parte la cerámica es muy escasa (47 fragmentos), siempre a mano, de pastas lisas, *sin que sea posible precisiones de formas o perfiles* (30). Fueron enviados como muestras para el análisis de C-14 varios fragmentos óseos, obteniéndose la data de (Ly-1397) 4370 ± 280 a. C.

Se determinó un uso funerario en Zatoya, dentro de un encuadre que bien podría ser Eneolítico o Bronce Pleno, pero se trata, en todo caso, de un nivel revuelto con escasa información (31).

Además de los yacimientos de habitación que hemos citado por poseer estratigrafías amplias y diferenciadas se sabe de la existencia de varios más que carecen de publicación detallada. Cabría incluir en este apartado el complejo espeleológico Berroberria-Alquerdi (Urdax, Navarra), con una amplia secuencia que arrancando desde el Magdaleniense culminará en una época donde la cerámica (escasos fragmentos con decoración mediante apliques plásticos) está presente (32), y el abrigo de Arive, cuya excavación ha puesto en evidencia un momento de ocupación del Epipaleolítico avanzado, seguido de un horizonte con débil presencia de la cerámica (33).

La Chabola de la Hechicera (Elvillar, Alava):

La excavación minuciosa del monumento permitió recrear una secuencia estratigráfica que afectaba por igual al túmulo y al dolmen

(29) La memoria final que ha sido publicada por BARANDIARAN, I. y CAVA, A., 1989, «El yacimiento prehistórico de Zatoya (Navarra)», en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 8, 1989, pp. 1-354.

(30) BARANDIARAN, I., y CAVA, A., 1989 «El yacimiento prehistórico de Zatoya ...o. c., pp. 292.

(31) «una relativa contaminación de su contenido con el de los varios estratos más antiguos» (BARANDIARAN, I., 1977. «El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya» en *Príncipe Viana*, nº 146-147, pp. 5-46 (27); «depósito ritual parcialmente revuelto». BARANDIARAN, I., 1982, «Datación por C-14 de la cueva de Zatoya» en *Trabajos de Arqueología Navarra*, nº 3, pp. 43-57 (48).

(32) El lugar ha sido excavado en repetidas ocasiones, y bajo dirección de distintos prehistoriadores (Marqués de Loriana, Maluquer de Motes). Los últimos trabajos, todavía en curso han sido avanzados en BARANDIARAN, I., 1978, «Excavaciones en el covacho de Berroberria (Urdax). Campaña 1977» en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 1, pp. 11-60 (19-20).

(33) I. BARANDIARAN Y A. CAVA, «El yacimiento prehistórico de Zatoya ...o. c., pp. 297.

propiamente dicho (34), aunque en realidad presenta ciertos problemas de identificación. Así sus excavadores diferenciaban:

Túmulo Sector Este: Con industria lítica escasa y poco característica, fragmentos cerámicos lisos, y otros con decoración campaniforme, así como varios recipientes de épocas históricas y protohistóricas. El metal se reserva para un anillo acintado que, junto a un colgante, conforma todo el material de adorno rescatado.

Túmulo Sector Oeste: Es destacable dentro de la industria lítica un elemento de hoz con truncadura oblicua, mientras que la cerámica presenta fragmentos con decoración tipo boquique, además de otros adscritos a lo celtibérico.

Cámara Fase Tercera: Las puntas de flecha foliformes es el material lítico más característico, en combinación con un fragmento de laminita de dorso. Junto a la cerámica lisa espatulada se encuentran también restos de tipo celtibérico. En metal se realizan objetos para el adorno personal.

Cámara Fase Segunda: En la industria lítica aparecen por primera vez las puntas de flecha de pedúnculo y aletas, junto a lascas retocadas y no. Como en el túmulo sector oeste se halló cerámica del tipo boquique. Los aretes de hueso son muy numerosos, como las cuentas de collar con diferencias en tamaños, formas y material empleado.

Cámara Fase Primera: Industria lítica compuesta por un microlito de retoque abrupto y dos puntas de flecha de pedúnculo y aletas. La industria cerámica es irrelevante, y los elementos de adorno son algo menos abundantes pero de idéntica variedad en cuentas de collar y aretes de hueso.

En la secuencia estratigráfica presentada son fácilmente observables ciertos desfases cronológicos que tienden a descalificar su validez. Así el túmulo, tanto en su sector Este como en el Oeste, presenta materiales muy diversos, tales como cerámica campaniforme junto a celtibérica y sigillata romana, pese a lo cual quienes excavaron el monumento consideran este conjunto material como un todo (35), cuando en realidad la mezcolanza existente desaconseja su adscripción cultural.

La industria cerámica de las distintas fases de la cámara es también chocante: aparece cerámica protohistórica en el nivel más profundo cuando en el superficial la presencia de cerámica es insignificante. La industria lítica, aunque escasa, presenta elementos idénticos en varias de las fases, como ocurre con las puntas de flecha de retoque plano, conocidas en todos los momentos. Esta repetición de objetos similares en cada nivel afecta igualmente a los elementos de adorno de la cámara, pues las cuentas de collar y los aretes sobre

(34) «Se ha tenido la suerte de hallar una estratigrafía ordenada, gracias a las variantes de formas de enterramientos superpuestos a todo lo largo y ancho de la cámara APELLANIZ, J. M. y FERNANDEZ MEDRANO, D., 1978, «El sepulcro de galería segmentada de La Chabola de la Hechicera (Elvillar, Alava). Excavación y restauración» en *Estudios de Arqueología Alavesa*, t. 9, pp. 141-121 (69)».

(35) *Ibidem*.

hueso están presentes en la primera y segunda fase sin variaciones destacables. No hay por tanto argumentos ni estratigráficos ni arqueológicos como para definir distintas fases con validez cultural o temporal.

Los Llanos (Cripán, Alava):

Se comenta de forma sumaria y poco clara la presencia de estratigrafía en la cámara y en un área limitada del corredor (36).

Cámara: Nivel Inferior: En este nivel se practicaron las inhumaciones sobre la roca madre con un ajuar en donde los geométricos conviven con una variada colección de puntas de flecha, mientras que la industria ósea queda representada por un ídolo espátula de muy bella factura.

Nivel Superior: Separado del anterior por una capa de tierras y piedras. Nivel campaniforme con numerosas inhumaciones que le confieren gran potencia. El depósito contenía, al menos, cerámica campaniforme incisa, un brazalete de arquero, un anillo de cobre, una cuenta de hueso y una pequeña cuenta de oro.

Corredor: Ocupación única en toda la longitud del mismo que reposa sobre un enlosado de piedras. En la zona de contacto de la cámara apareció bajo este enlosado un enterramiento individualizado con ajuar, única evidencia arqueológica dentro de la esterilidad de esta capa en el resto del corredor. En su industria lítica se reconocen geométricos y puntas de flecha de retoque plano, y fragmentos cerámicos sin determinar. El carbono 14 ha suministrado la fecha de 3240 ± 140 a. C. (I-15168) y 2710 ± 200 a. C. (I-14788).

Otras dataciones, no concretadas si de la cámara o el corredor dan el 2130 ± 170 a. C. (I-15195) y el 2140 ± 120 a. C. (I-14593) (37). Su data neolítica se correspondería mejor con los elementos geométricos y el ídolo espátula que con las puntas foliáceas, probablemente habría que ver aquí una no contemporaneidad de los inhumados, pudiendo encerrar este nivel un dilatado período cronológico.

San Martín (Laguardia, Alava):

El dolmen de San Martín ha servido frecuentemente de yacimiento de referencia pues la caída de una losa del lateral este de la cámara, cubriendo casi todo el relleno anterior, y la continuidad posterior en la utilización del monumento como lugar de enterramiento, ha permitido diferenciar claramente dos etapas con interesantes matices culturales, que junto a los materiales hallados en el corredor conforman tres conjuntos independientes.

(36) ARKEOIKUSKA, 1984, *Arkeoikuska* 83, Gobierno Vasco, Vitoria.; ARKEOIKUSKA, 1985, *Arkeoikuska* 84, Gobierno Vasco, Vitoria.; ARKEOIKUSKA, 1986, *Arkeoikuska* 85, Gobierno Vasco, Vitoria.

(37) MARIEZKURRENA, C., 1990, «Dataciones absolutas para la arqueología vasca» en *Munibe*, 42, pp. 287-304.

Corredor: Los materiales más significativos son: microlitos geométricos de sílex, cerámica, lisa en todos los casos, de pastas finas y gruesas, fragmento de ídolos-espátula y cuentas de collar.

Cámara Nivel Inferior: Los 33 geométricos —trapeacios y triángulos— junto a los dorsos es lo más reseñable de la industria lítica, que se complementa con una cerámica lisa, excepto en un fragmento con decoración de bandas. Los ídolos-espátulas y un anillo son los representantes más genuinos de la industria ósea.

Cámara Nivel Superior: En su industria se combinan los geométricos, con los elementos de retoque plano (puntas de pedúnculo y aletas y foliformes). La cerámica se caracteriza por la presencia de la decoración campaniforme tipo Ciempozuelos, siendo también de esta época los botones óseos con perforación en V, del tipo denominado pirenaico. La industria metálica no está ausente, gracias a un espléndido puñal de lengüeta.

Aunque los elementos del corredor no se han visto afectados por la caída de la losa, y por tanto no puede descartarse una mezcolanza de objetos de diferentes épocas (como es usual en la mayoría de los dólmenes excavados), la unidad que manifiestan es bastante clara, y fácilmente ensamblable con el nivel inferior de la cámara, con quien comparte los geométricos, la cerámica lisa y los ídolos-espátulas. Bien podría pensarse que pertenezcan al momento de fundación o primera fase de uso del megalito, siendo posible su atribución al Neolítico (38).

En el nivel superior de la cámara se nos presenta, por contra, algunos problemas interpretativos: la presencia de geométricos, tan sólo tres, muy similares a los del nivel inferior, junto a la técnica del retoque plano. Quizá pueda considerarse que esta convivencia es fruto de la larga perduración del instrumental microlítico, pero no es menos cierto que la losa caída no ocupaba todo el recinto cameral, y es muy posible que su ajuar se encontrara parcialmente revuelto (39). El nivel, no obstante, es fácilmente encuadrable en un Eneolítico con campaniforme. Si hubo o no abandono del monumento entre una y otra fase, tal como ha propuesto repetidas veces T. Andrés (40) es difícil de determinar, y en todo caso es un problema que abordaremos más tarde (41).

(38) En una importante mayoría de megalitos el corredor es usado como zona de enterramiento en un momento final del uso del monumento, generalmente por gentes que se asocian a la cerámica campaniforme, razón por la que a los enterramientos con esta cerámica se les concede el carácter de intrusivos. En San Martín, por contra, no ocurre así, si no que, al contrario, lo campaniforme está presente en la cámara, mientras que los materiales del corredor son paralelizables al nivel inferior de la cámara.

(39) La falta en la memoria de excavación (BARANDIARAN, J. M. y FERNANDEZ MEDRANO, D., 1964, «Excavación en el dolmen de San Martín (Laguardia)» en *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, t. VIII, nº 1-2, pp. 41-66) de una planta detallando la superficie ocupada por las losas vacías impide conocer con exactitud cual es el área que supuestamente estaría revuelta. Desgraciadamente la situación de cada objeto por cuadros y profundidades no permite una reconstrucción suficiente. De los tres geométricos, dos se hallaron en el cuadro 11E, y el tercero en el contiguo 11D, este último a la misma profundidad que una punta de fecha de pedúnculo y aletas.

(40) ANDRÉS, T., 1977, «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la cuenca media del Ebro. Consideraciones críticas», en *Príncipe de Viana*, nº 146-147, cuadro página 85; 1978, *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico*.

2. BASES CRONOLÓGICAS

En la tabla y gráfica siguientes quedan reflejadas más de 30 fechas absolutas conseguidas gracias a la técnica del carbono 14 para el País Vasco y Alto Valle del Ebro, que abarcan un lapso cronológico que van desde el 4960 ± 450 de Abauntz al 1140 ± 10 a. C. (I-3197) de Guerrandijo, ofreciendo una panorámica temporal que es relacionada en la tabla 1 con los materiales más característicos de cada yacimiento, para comprobar con facilidad las evoluciones que se van produciendo (42).

No se oculta que algunas de las fechaciones recogidas plantean problemas de cierta envergadura, y no son aceptadas por todos los autores. Así el nivel c de Abauntz, con su discutido Neolítico, ofreció un 4960 ± 450 a. C. fecha que de aceptarse como válida debe de hacerse con cautela. Tampoco resulta descabellado pensar que los depósitos de Las Pajucas y Guerrandijo estuvieran revueltos, ya que sus bajas dataciones, 1760 ± 130 a. C. (I-3513) y 1140 ± 100 a. C. respectivamente, no cuadran muy bien con las asignaciones culturales que les serían propicias. No se ha considerado oportuno referenciar algunas dataciones que son consideradas aberrantes o incongruentes en relación con el ajuar hallado. En este sentido hay que mencionar el caso de la cueva vizcaína de Kobeaga, que dio un 740 a. C. (I-2290) para un conjunto industrial propio del Eneolítico con botones de perforación en V, brazaletes de arquero y perfiles cerámicos de tipo campaniforme. A la hora de interpretar los datos expuestos hay que tener en cuenta que algunas de las fechas ofrecidas, sobre todo las referentes a los monumentos megalíticos, no se adscriben con seguridad a un determinado conjunto material: ello es palpable en los dólmenes de Ciella, Arnillas y Trikuaitzi I, y en la cueva de Marizulo cuya fecha sería válida para el enterramiento individual, pero no para la totalidad del nivel, donde conviven elementos de diferentes épocas. Ocorre además que en Ciella y Trikuaitzi I, de donde son las fechas más antiguas de los dólmenes de nuestra área de estudio, la muestra proviene, en ambos casos de carbones recuperados en la base de los monumentos (43), dándose la casualidad que en dichos yacimientos se han recogido elementos campaniformes que difícilmente se pueden asociar con la datación.

tico y Calcolítico de la cuenca media del Ebro, Universidad de Zaragoza, pp. 37; 1986, «Sobre cronología dolménica: País Vasco, Navarra y Rioja» en *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, pp. 237-265 (245).

(41) La estratigrafía de San Martín es confirmada por la detectada en el monumento de Peña Guerra II (Nalda, La Rioja), con un Nivel I con cerámicas lisas, hachas pulimentadas, geométricos de retoque abrupto, e ídolos-espátulas (C-14 = 2690 ± 90 a. C. (CSIC-6268) y 2680 ± 60 a. C. (CSIC-626A)), y un Nivel II con campaniforme y un fragmento de hoja de hoz (C-14 = 1460 ± 110 a. C. (CSIC-617B)).

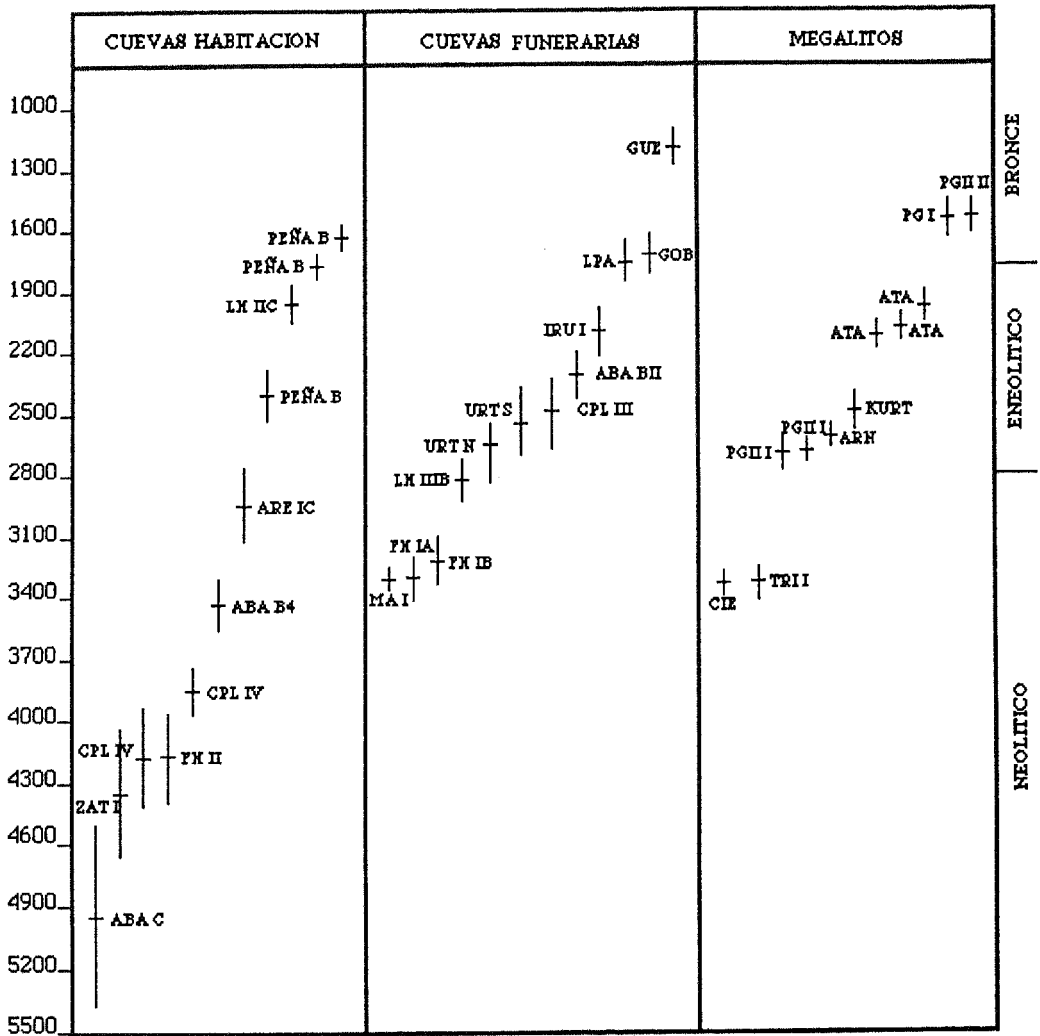
(42) A pesar de que recientemente y con reiteración ciertos autores insisten en la necesaria calibración de las datas para este período cronológico, hemos optado por no realizarla al no existir un método claro de conversión de fechas.

(43) Son carbones que proceden de incendios previos a la erección de los monumentos (ARMENDARIZ, A., 1987, «Problemas sobre el origen del megalitismo en el País Vasco» en *El megalitismo en la Península Ibérica*, pp. 143-148 (147)).

Denominación Yacimiento	Fecha C-14	Material Cerámico	Material Lítico	Otros Mate.	Observaciones
Abauntz c	4960±450	L	SP		
Zatoya I	4370±280	L	TA,TRA		
Peña Larga IV	4200±230	CR	G		
Fuente Hoz II	4170±280		TA,TRA		No se han descrito todos los materiales.
Peña Larga IV	3880±110	CR	G		
Abauntz b4	3440±120	L,E	SP	P	
Ciella	3340±40	La muestra se tomó de carbones de un lecho previo a la erección del túmulo.			
Marizulo I	3335±65	E,D	TR,SG,C		Otros materiales no se adecúan a la fecha.
Trikuaiziti I	3300±140	L,CA	PA,F,G	O,C	
Fuente Hoz IA	3290±110	L	TB,TRA,SA		
Fuente Hoz IB	3110±110	L	TB,TRA,SA		
Arenaza IC	3015±195	L	TRB		
Husos IIB	2780±110	L,I,D	LR	P,I	
Peña Guerra II, I	2690±90	L	TRA	P	
Peña Guerra II, I	2680±60	L	TRA	P	
Armillas	2625±40	L	TA,TRA,PA,F		Otros materiales no se adecúan a la fecha.
Urtao (Galería N.)	2660±120		F		
Urtao (Galería S.)	2540±170		PA	M	
Peña Larga III	2520±160		PA		
Kurtzebide	2495±95	L	TA,TRA,PA	I	
Peña b -165/-225	2400±80	No hay criterios geológicos para diferenciar el nivel b en substratos, pero debido a su potencia se optó por tomar 4 muestras a alturas escalonadas. Los materiales arqueológicos se ordenan, sucesivamente, desde el Eneolítico a la Edad del Hierro.			
Peña b -130/-160	1760±60				
Peña b -130/-100	1660±60				
Peña b - 110/-75	890±95				
Abauntz B2	2190±190	L,D	F,LR		
Iruaxpe I	2180±110		F	C	
Atalayuela	2170±70	L,P,CA	PA	M,V,AO	
Atalayuela	2160±60	L, P, CA	PA	M,V,AO	
Atalayuela	2110±60	L, P, CA	PA	M,V,AO	
Husos IIC	1970±110	L,CA,D	PA,LR	M,V,PH	
La Pajucas	1760±130	L,D	TA,TRA		
Gobaederra	1710±110		PA	M	
Peña Guerra I	1500±60	L,CA	F	V,M,O,C	
Peña Guerra II, II	1460±60	L,CA	D	P	
Guerrandijo	1140±100	CA	F,PA		

Código: Industria cerámica: Liso (L), cardial (CR), espatulada (E), digitada (D), impresa (I), cordones (C), campaniforme (CA), pezones (P). Industria lítica: Sustrato paleolítico (SP), triángulo abrupto (TA), triángulo en doble bisel (TB), trapecio abrupto (TRA), trapecio en doble bisel (TRB), segmento abrupto (SA), segmento doble bisel (SB), geométrico sin especificar (G), dorso (D), lámina retocada (LR), punta de pedúnculo y aletas (PA), punta foliiforme (F), cincel campinoide (C). Otras industrias: pulimento (P), aretes hueso (A), Idolo-espátula (I), punta de pedúnculo y aletas en hueso (PH), botón de perforación en V (V), metal (M), oro (O), aguja de orejeta lateral (AO), Cuentas (C).

Tabla 1. Relación de fechaciones conseguidas por el C-14, sin calibrar.



ABA= Abautz; ZAT= Zatoya; CPL= Peña Larga; FH= Fuente Hoz; ARE= Arenaza; PEÑA= La Peña de Marañón; LH= Los Husos; MA= Marizulo; IRU= Iruaxpe; LPA= Las Pajucas; GOB= Gobaederra; GUE= Guerrandijo; CIE= Ciella; TRI I= Trikuaitzi I; PG II= Peña Guerra II; ARN= Armillas; KURT= Kurtzbeide; ATA= La Atalayuela; PG I= Peña Guerra I; URT N= Urtao Norte; URT S= Urtao Sur.

Cuadro 1. Representación de fechaciones conseguidas por c-14, sin calibrar.

Tenemos referencias de otras fechaciones absolutas en yacimientos alaveses todavía no publicados, careciendo, por tanto, de una descripción completa de los materiales, razón por lo que no se han incluido entre las relacionadas: son los casos del poblado Eneolítico al aire libre de La Renke Norte, 2300 ± 110 a. C., 2450 ± 100 (I-14590), 2460 ± 100 a. C., 2640 ± 100 a. C., 2650 ± 100 a. C., 3230 ± 100 a. C. y 3260 ± 100 a. C. (44); del enterramiento colectivo de San Juan Ante Portam Latinam, 3070 ± 140 (I-14594) y 3120 ± 150 (I-14594); de la cavidad de Solacueva de Jócana nivel VI, 1760 ± 110 a. C. (I-), con brazaletes de oro y plata; y de la base del poblado de La Hoya, 1460 ± 90 a. C. y 1270 ± 100 a. C., que encuadran en un Bronce Pleno Final/transición a la Edad del Hierro (45). Asimismo se conoce una fechación del 2250 ± 130 (I-14905) para la cueva guipuzcoana de Antón Koba (46), con un geométrico, un foliáceo y cerámica decorada por impresiones de cuerda. Por otra parte en la cueva sepulcral de Iruaxpe I se tomaron dos muestras para carbono 14 de una banda que no se desechara estuviera revuelta (47), por lo que sus resultados, 3440 ± 110 a. C. (I-13440) y 3490 ± 110 a. C. (I-13507) no resultan muy creíbles (48). Se decide entonces enviar una tercera muestra, ahora con una mejor selección de los huesos, que ofreció la data de 2180 ± 110 a. C. (I-14097), más coherente con los datos materiales.

El Neolítico supone un cambio sustancial en relación a los momentos anteriores, respecto a formas de vida y de pensamiento. Significa la adopción de una serie de nuevos criterios que afectan a lo económico, a lo social y a lo tecnológico, siendo este último el que con mayor facilidad detectan los arqueólogos en las excavaciones. Las nuevas técnicas que se desarrollan son, principalmente, el conocimiento de la cerámica, del pulimento y de un instrumental lítico apropiado para las labores agrícolas. Pero sin duda, mayor relevancia adquieren las transformaciones económicas: la domesticación animal y de las plantas, que conllevan consigo nuevas estructuras sociales derivadas de un proceso de sedentarización y crecimientos demográficos, originándose las primeras comunidades agrícolas.

Pero este panorama descrito, que generaría un Neolítico *perfectamente establecido*, pocas veces está realmente representado. De esta

3. SECUENCIAS CULTURALES

(44) MARIEZKURRENA, C., 1990, «Dataciones absolutas para la arqueología vasca» en *Munibe*, 42 pp. 287-304.

(45) ARKEOIKUSKA, 1987, *Arkeoikuska 86*, Gobierno Vasco, Vitoria.; BARANDIARAN MAESTU, I., 1988, «Antecedentes prehistóricos de Euskal-Herria: Bases estratigráficas» en *Congreso Mundial Vasco. Congreso de Historia, t. 1, de los orígenes a la Cristianización*, pp. 17-37.

(46) MARIEZKURRENA, C., 1990, «Dataciones absolutas para la arqueología vasca» en *Munibe*, 42, pp. 287-304.

(47) ARMENDARIZ, A. ET ALII, 1987, «Excavación de la cueva sepulcral de Iruaxpe I (Aretxabaleta, Guipúzcoa)» en *Munibe*, vol. 39, pp. 67-92 (74).

(48) K. Mariezkurrena al estudiar la fauna pleistocena del yacimiento incide en el carácter revuelto de la estratigrafía y piensa que se envió al laboratorio huesos de animales del nivel II, estéril arqueológicamente, para datar el nivel I (Ibidem pp. 83).

manera es posible hablar, por ejemplo, de un Neolítico acerámico cuando a pesar de la ausencia de este componente se constata la domesticación de animales, o de cambios sustanciales en el aparato lítico. Es decir, no todos los argumentos que definen el Neolítico están presente inequívocamente a la vez, siendo apropiado definir procesos continuados de neolitización, o modelos de Neolítico.

En nuestra área de estudio las manifestaciones neolíticas son escasas y poco típicas, con una base material no muy característica.

—Los fragmentos cerámicos recuperados pertenecen a recipientes cuya reconstrucción formal no es segura, aunque en todo caso sugieren perfiles sencillos con tendencia a lo ovoide (49). La mayor parte de las paredes son lisas y toscas pero no como antecedente a una cerámica impresa, tal y como se ha querido ver en Abautz (50) siguiendo el dudoso ejemplo de Verdelpino (51). La impresión está representada en Arenaza, si bien en una zona de revuelto, y con mayor seguridad en el abrigo alavés de Peña Larga con una fechación antigua. Sin embargo no podemos olvidar que también se han definido niveles neolíticos en yacimientos donde la cerámica no está presente. En un Neolítico más avanzado junto a la cerámica lisa, no muy evolucionada respecto a un Neolítico inicial o medio, convive otra con motivos decorativos incisos o plásticos (52).

—La industria lítica posee una importante base paleolítica, con gran peso de los elementos de sustrato (53) (alta frecuencia de raspadores, *disminución drástica de buriles y presencia discreta y constante de grupos minoritarios como perforadores, truncadoras, piezas de retoque abrupto o laminitas de dorso* (54)), aunque no faltan tampoco los microlitos geométricos (55) porque, en suma, no existe una fuerte ruptura entre los componentes en sílex del Epipaleolítico y Neolítico, sino, más bien, una evolución continuada, pero con cierta tendencia a sustituir algunos tipos, tales como los trapecios por los triángulos, y el retoque abrupto por el doble bisel, si bien es característico de este momento que cada lugar adquiera una evolución propia. Tal como dice A. Cava, sí se puede establecer con respecto a la industria lítica dos subáreas en el territorio que nos ocupa, cuya frontera no

(49) Fuente Hoz II, Abautz c, Zatoya.

(50) UTRILLA, P., 1982, «El yacimiento de la cueva de Abautz... o. c., pp. 323.

(51) El hallazgo de 19 fragmentos de cerámica lisa muy heterogénea y bastante próxima técnicamente a la de los niveles II y III, pero quizás de calidad algo inferior, sugiere a Moure y Fernández Miranda la existencia de una neolitización temprana, anterior al Neolítico definido por la cerámica impresa (FERNANDEZ MIRANDA, M. y MOURE ROMANILLO, A., 1975, «El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica» en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, Prehistoria n.º. 3, pp. 190-235; MOURE ROMANILLO, A. y FERNANDEZ MIRANDA, M., 1977, «El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Notas de los trabajos de 1976» en *Trabajos de Prehistoria*, t. 34, pp. 31-83.).

(52) Los Husos IV, Arenaza IC, Abautz b4, Marizulo I.

(53) Arenaza IC, Santimamiñe IV, Abautz c, Marizulo II.

(54) CAVA, A., 1986, *Las industrias líticas del Epipaleolítico al Eneolítico o. c.*, pp. 63.

(55) Fuente Hoz Ia y Ib, Los Husos IV, Arenaza IC, Santimamiñe III, Marizulo II, Zatoya y Padre Areso III.

coincidiría con exactitud con la delimitada por J. M. Apellániz entre los Grupos de Los Husos y Santimamiñe, con una mayor fuerza de los elementos paleolíticos en la región septentrional y un geometrismo tributario del Mediterráneo (56) en la meridional. También el pulimento representa una industria subsidiaria con respecto a la cultura material Neolítica (57).

—La industria ósea es manifiestamente pobre en cantidad y poco variada, constituida, además de por las consabidas esquiras aguzadas, por colgantes sobre concha (58).

Las diferencias antes indicadas para la industria lítica también son visibles por lo que respecta a los datos antropológicos que se poseen (59): mayor presencia del tipo Pirenaico occidental en la vertiente oceánica que en la mediterránea, donde predominan los Mediterráneos gráciles. También se supone una mayor antigüedad en la introducción de las prácticas agrícolas en el sur que en el norte, aunque los datos no sean hoy día concluyentes.

Si bien se ha pensado que el Neolítico de nuestro ámbito geográfico es tardío respecto a otros puntos peninsulares (60), las fechaciones de carbono 14 (tabla 1) de Peña Larga, Fuente Hoz, La Peña y Zatoya tienden a adelantar sus inicios, y situarlo en el V milenio a. C., como continuación de un proceso iniciado en el Epipaleolítico que no se interrumpe, y con la introducción de elementos culturales sueltos de manera lenta y esporádica. Durante el Neolítico comienzan a erigirse los primeros monumentos megalíticos, y se tiene constancia, asimismo, de enterramientos individuales y colectivos en el interior de cavidades naturales, tema del que nos ocupamos más tarde. La evolución de las formas y tipos es tan lenta que con dificultades puede aceptarse fases claramente diferenciadas, las cuales deben distinguirse de acuerdo a las sustituciones industriales que hemos marcado anteriormente (61).

Eneolítico - Edad del Bronce

La mencionada escasez de estratigrafías amplias y diferenciadas,

(56) CAVA, A., 1986, *Las industrias líticas del Epipaleolítico al Eneolítico* o. c., pp. 43 y 65.

(57) Abauntz b4.

(58) *Columbella rustica* en Fuente Hoz, Berniollo (ORTIZ TUDANCA, L., 1987, «El hábitat en Alava desde el Neolítico a la Edad del Bronce», en *Estudios de Arqueología Alavesa*, t. 15, pp. 7-102., (67) y Zatoya, lugares donde la industria microlítica tiene concomitancias con la mediterránea, y de donde no es improbable procedan estos adornos.

(59) En las obras de Aranzadi, Basabe, Eguren, Fusté y Riquet pueden consultarse los datos necesarios. Una obra que refleja la situación actual de los estudios es la de BARANDIARAN, I., 1987. «Los estudios de antropología prehistórica en el País Vasco», en *Veleia*, t. 4, pp. 7-50.

(60) «parecen demostrar claramente la tardía neolitización del norte peninsular» (FERNANDEZ MIRANDA, M, y MOURE ROMANILLO, A., 1975, «El abrigo de Verdelpino» o. c., pp. 234).

(61) Cava habla de una primera fase y de un neolítico avanzado donde se observan algunas diferencias materiales (CAVA, A., 1988, «El neolítico en el País Vasco peninsular» en *II Congreso Mundial Vasco, Congreso de Historia, t. 1, de los orígenes a la Cristianización*, pp. 87-99 (93-95)).

así como el aparente *continuum* en las formas de vida, dificultan constantemente la definición de interestadios culturales dentro del gran conjunto que representa lo Eneolítico-Edad del Bronce, a pesar incluso, de que maticemos con claridad argumentos materiales tan significativos como por ejemplo la cerámica campaniforme o los primeros elementos manufacturados en metal (62). Sí se consigue delimitar diversas fases, pero no explicar las evoluciones que se producen de una a otra con total seguridad. El problema quizá radique en la importación de modelos perfectamente conocidos en otras regiones y su asimilación a los procesos culturales de nuestro territorio, no siendo estas guías aplicables por problemas locales tales como un posible tradicionalismo, o simplemente porque los intercambios y contactos que se mantienen con comarcas aledañas no afectan más que parcialmente a determinados y concretos elementos, pero no a los suficientes como para alterar las formas de vida o producir cambios definidos.

—En la cerámica aparecen formas nuevas, algunas muy características como el campaniforme, que, a pesar de la problemática que arrastran consigo, nos sirve para diferenciar al menos un Eneolítico precampaniforme y un Eneolítico campaniforme. En un primer momento la cerámica mantiene las mismas características que en el período anterior: perfiles ovoideos y pastas lisas, aunque no es extraño encontrar algunas con decoración digitada (63). La cerámica campaniforme no suplantarán a estos tipos, pero sí imprimirá un carácter propio que define a un determinado período. Se supone, a imagen de lo que ocurre en el resto de Europa, que los campaniformes de tipo cordado y marítimo, así como los híbridos de dichos estilos, como son los casos de los aparecidos en Pagobakoitza y Gorostiarán, son anteriores a los incisos tipo Ciempozuelos, los más difundidos en nuestra área. Sin embargo ocurre que en La Atalayuela conviven los tres estilos mencionados, fechados correctamente hasta tres veces por el carbono 14 confirmando que se trata de un ajuar correspondiente a inhumaciones simultáneas, o al menos muy cercanas en el tiempo, y siempre con una cronología antigua, similar, por ejemplo, a las obtenidas en yacimientos con campaniforme marítimo-cordado de Europa continental (64). Precisamente la cronología obtenida en La Atalayuela es la más antigua para los yacimientos con campani-

(62) «No es fácil al arqueólogo distinguir etapas internas suficientemente delimitadas en tipología o estratigrafía en el seno de ese *continuum* cultural que en el País Vasco empalma el Neolítico Pleno con el Calcolítico y éste con la Edad del Bronce Pleno... los intentos meritorios por estructurar en etapas o períodos, como por ejemplo hizo Apellániz hace diez años sobre los modelos de lo depositado en la cueva de Santimamiñe (Cortézubi) y Los Husos I (Elvillar) pueden ser discutidos en detalle; por la escasez y probable significación específica de las estratigrafías y series de evidencias consideradas». (BARANDIARAN, I., 1985-1986, «Presupuestos culturales a la prehistoria de los pueblos del Pirineo Occidental y zonas aledañas» en *Veleia*, n.º 2-3, pp. 241-260 (246).

(63) Abauntz b2.

(64) DELIBES, G., 1983, «El País Vasco encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo. El siglo XVII a. C.» en *Varia*, II, pp. 131-146 (142).

forme del País Vasco y Alto Valle del Ebro (65) y demuestran su temprana introducción, mientras que las datas de Peña Guerra I y Peña Guerra II, nivel II nos sirven para comprobar su larga perduración, si es que podemos aceptarlas como definitorias del nivel campaniforme.

—Hay un avance considerable en la técnica de la talla del sílex, confeccionando puntas de fecha de retoque cubriente o invasor y morfología foliiforme o de pedúnculo y aletas. La industria lítica, que tiende a su lenta sustitución por los elementos metálicos muestra ahora escasa variedad de útiles, con menor peso de los elementos de sustrato y pérdida progresiva, hasta la total desaparición, de los microlitos geométricos. A través de las estratigrafías de Los Husos, Abauntz, La Peña de Marazón, y Peña Larga se constata la evolución de las industrias líticas en el sentido de que el retoque invasor antecede al cubriente, y las puntas foliáceas a las de pedúnculo y aletas, y dentro de las de este tipo es lógico pensar que las de aletas incipientes sean las más antiguas (66). Si se cumpliera esta hipótesis tendríamos, si no unos fósiles directores, sí al menos unos apoyos para evaluar las sucesiones culturales: geométricos (67), puntas foliáceas, puntas de pedúnculo y aletas, sin olvidar tampoco que son posibles fenómenos retardatarios de perduración (68).

—La paulatina incorporación de objetos metálicos al bagaje material de las comunidades es uno de los principios que se utilizan para distinguir lo Neolítico de lo Eneolítico, y este período de la Edad del Bronce. Su introducción en la Península Ibérica es tema aún hoy día muy debatido, y para el cual se ofrecen hipótesis que buscan una solución lineal al problema de la difusión, frente a quienes defienden la creación de focos independientes con mayor o menor grado de cantonalización. Nuestra área de estudio, marginal en relación a procesos culturales que se desarrollan en otros territorios (lo que tampoco significa un aislamiento total), carece de los recursos minerales necesarios, por lo que el conocimiento primero del metal tuvo que ser inicialmente a través de *la importación de piezas totalmente manufacturadas, en un segundo término una actividad protometalúrgica —con trabajos de martillado en frío o en caliente—, sin auténtica fun-*

(65) La fechación de Trikuaziti I, 3300 ± 140 a. C., proviene de carbones recogidos tras dismantelar el monumento, y no se adecúan a su conjunto material. Similar apreciación es válida para el dolmen de Ciella.

(66) Están en Kurtzbede en el 2495 ± 95 a. C., aunque siempre resta una duda sobre si la data hace mención a este tipo de armadura o a otra sección del ajuar, en el que también están presentes los microlitos.

(67) Los geométricos fechados incluidos en estratigrafías fiables pertenecen a Arenaza I — 3015 ± 195 a. C.—, Peña Guerra Inferior — 2690 ± 90 a. C.—, y 2680 ± 60 a. C.—, y el Miradero — 3205 ± 35 a. C.—, y 3165 ± 65 a. C.—, ya que el resto de las dataciones son de dólmenes cuya data define por igual a todos los componentes del ajuar.

(68) Se conocen puntas foliáceas tanto en el nivel b2 de Abauntz — 2290 ± 140 a. C.—, —como en Peña Guerra I — 1500 ± 60 a. C.—, Un análisis exhaustivo de estas armaduras ha sido realizado por A. Cava (CAVA, A., 1986, *Las industrias líticas del Epipaleolítico al Eneolítico* o. c.)

dición (69), tal y como es el caso, por ejemplo, de las cuentas y apliques laminares de oro de Trikuaitzi I, Sakulo y Collado Palomero I. El metal irá poco a poco sustituyendo a los aperos líticos pero sin provocar su desaparición total. La incorporación de la metalurgia viene emparentada cronológicamente con la del campaniforme: los primeros elementos metálicos fechados conviven con este tipo cerámico en La Atalayuela.

—La industria ósea conoce un repentino avance en su desarrollo, pero desgraciadamente es muy difícil intentar seriar su evolución, si bien es notoria una progresión en el Eneolítico y Bronce Inicial y una regresión en el Bronce Medio y Final. Hay que destacar la presencia de algunos elementos tan significativos como: Las puntas de pedúnculo y aletas conocidas en Sakulo, Los Husos, Solacueva de Jócana, El Sotillo, Ausokoi y La Atalayuela, con diferencias morfológicas; los botones de perforación en V, en todas sus variedades conocidas en Europa: Dufort, hemisféricos con o sin decoración, cónicos, tortuga prismáticos, con una supuesta mayor antigüedad del tipo Dufort, una indudable presencia de la mayoría de los tipos en el cambio entre el tercer y segundo milenio antes de nuestra era —por ejemplo en La Atalayuela los pirenaicos— una mayor perduración de los prismáticos; hay una variedad interesante de elementos de adorno confeccionados sobre esta materia prima, por la versatilidad que ofrece: colgantes sobre defensa de jabalí, colgantes planos, cuentas de collar de diferentes tipos, agujas perforadas, rectas y con orejetas, *chevilles*...

—Otros de los cambios que afecta a este período se refiere a la elección de nuevos emplazamientos para los hábitats: no se abandonan las cuevas, pero hay un avance significativo de los asentamientos al aire libre, fechados ya en el 2650 ± 100 a. C. (I-14-787) en La Renke Norte (70). Los nuevos sistemas económicos, basados ahora en la producción frente a la depredación modifican sustancialmente las relaciones establecidas entre el hombre y su medio, posible causa de la preferencia por nuevos asentamientos, más adecuados a sus necesidades: una ganadería trashumante exige la formación de grupos pastoriles móviles. La búsqueda de tierras propicias para las prácticas agrícolas originó la renuncia a las cavidades en favor de pequeños núcleos de cabañas. Las dificultades en la localización de estos po-

(69) PEREZ ARRONDO, C. y LOPEZ DE CALLE, C., 1986, «Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle del Ebro II. Orígenes de la metalurgia» en *Historia*, nº. 4, pp. 133-134. Proponen el siguiente desarrollo evolutivo del metal para el Alto Valle del Ebro (resumido): Eneolítico-Bronce Antiguo: pequeños punzones y de Fontbouisse, cuentas en láminas de oro, puñales de lengüeta de base simple; Bronce antiguo: puñales de lengüeta simple y martillada, puntas de Palmela y de pedúnculo corto y aletas, cuentas de lámina de cobre o bronce, punzones pirenaicos y losángicos, puñales de remache de probable procedencia hispánica, hachas planas pequeñas, trapeciales y triangulares de filos rectilíneos; Bronce Antiguo-Medio: puñales de remache de tradición rodaziana y de lengüeta evolucionados, punta de flecha de pedúnculo largo y aletas, punzones losángicos de sección biconvexa, hachas planas de filo abanicado, cuentas globulares biconvexas y brazaletes planoconvexos; Bronce Medio-Final: hachas argaroides y tipos espatuliformes y acinzelados, puntas de flecha de pedúnculo largo con tope, puñales de remache de tradición europea.

(70) ORTIZ ET ALLII, 1990, «El hábitat en la prehistoria en el valle del río Rojo (Alava)», *Prehistoria y Arqueología*, 3, Sociedad de Estudios Vascos (cuadernos de sección), 1990.

blados rurales (71) impide que conozcamos sus estructuras y organización, pues a pesar de los trabajos de campo elaborados para su estudio y catalogación no son muchos los datos que poseemos: La mitad de las veces los asentamientos se emplazan en las laderas de los montes o piedemontes cercanos a cursos de agua, ocurre esto cuanto más antiguos son los yacimientos; una tercera parte se asientan en terrazas y relieves tabulares a menos de 600 m. s.n.m.; una octava parte se erigen en montículos cercanos a ríos (72).

De todas formas los modelos de hábitat no se comportan de la misma manera en la fachada atlántica y en la mediterránea de nuestra región: al norte siguen teniendo fuerte peso los asentamientos en cuevas, al sur, sin que se abandonen las cavidades (73) es claro un mayor predominio de los yacimientos al aire libre marginando a las cavidades a una mera función sepulcral (74). Las razones de esta desigualdad en la ocupación de las áreas territoriales han sido expuestas por L. Ortiz (75).

Por tanto, a través de los datos explayados, podemos discernir etapas cronológico-culturales más o menos amplias dentro de lo abarcado bajo el epígrafe de Eneolítico-Edad del Bronce:

1. Eneolítico Inicial: Periodo que no supone una ruptura respecto al Neolítico sino una evolución racional, por lo que resulta complicado diferir uno y otro período. Es comúnmente definido como Eneolítico de Transición o Eneolítico precampaniforme, ante la ausencia de esta cerámica, industria en la que persisten los mismos o parecidos tipos que en el Neolítico, si bien se conocen más recipientes con decoraciones. En el aparato lítico hace su aparición el retoque plano semiinvasor en las primeras puntas foliáceas, mientras que la pérdida de los geométricos y del sustrato paleolítico es constante si no total. La industria ósea es escasa y la metálica inexistente. Corresponden a este período las fechaciones, por ejemplo, del nivel de enterramiento IIIB de Los Husos, 2780 ± 110 a. C., del dolmen de Peña Guerra II, nivel I, 2690 ± 90 y 2680 ± 80 , y de Peña Larga III, como lugar de habitación, en el 2520 ± 80 a. C.

2. Eneolítico Medio o Campaniforme: Su mayor propiedad reside precisamente en el conocimiento de este tipo cerámico y del conjunto material con el que se asocia: botones de perforación en V, adornos sobre oro, punzones metálicos... No supone, como ya hemos dicho

(71) Véase ORTIZ, L., 1983, «Investigación arqueológica en el Valle del río Rojo» en *Kultura*, nº 5. pp. 9-14.

(72) Datos recogidos de BEGUIRISTAIN, M. A., 1982, «Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y la Edad del Bronce... o. c.»; ORTIZ, L., 1987, «El hábitat en Alava desde el Neolítico a la Edad del Bronce... o. c.».

(73) Los Husos y La Peña de Marañón.

(74) Fuente Hoz, donde la habitabilidad se vuelve impracticable por el relleno sedimentológico, y Abautz.

(75) ORTIZ, L., 1987, «El hábitat en Alava desde el Neolítico a la Edad del Bronce... o. c.», pp. 68 y 91-92. La opinión de Ortiz se puede resumir en: la raigambre del Paleolítico Superior y su larga tradición en la vertiente cantábrica, y un mayor nivel receptivo frente a las novedades industriales del Grupo de Los Husos son las principales causas de las desigualdades culturales.

la supresión de producciones cerámicas anteriores, que conviven ahora con el tipo campaniforme. Las puntas de flecha en sílex evolucionan de las foliáceas a las de pedúnculo y aletas, y el retoque plano es ahora cubriente. La industria ósea tendrá un gran desarrollo, con una variedad interesante de elementos para el ornato personal (cuentas variadas, colgantes, arandelas...), mientras que en la industria metálica se confeccionan pequeños punzones junto a los del tipo Fontbousse y puñales sobre lengüeta de base simple. Sin embargo las valoraciones que se hagan sobre lo campaniforme deben ser prudentes y contrastadas, ya que su definición como cultura es arriesgada, y no se manifiesta uniformemente en todo el territorio que nos ocupa. La sucesión de tipos cerámicos campaniformes realizadas en otras regiones no son aplicables aquí con toda seguridad, pues en la Atalayuela coinciden modelos que no se suponían coetáneos, lo que se reproduce en Collado Palomero I —si bien resta por asegurar la concordancia sincrónica de esta cerámica—. Por otra parte se conoce cerámica campaniforme tipo Ciempozuelos en contextos muy tardíos, 1500 ± 60 a. C. y 1460 ± 60 a. C. en los dólmenes de Peña Guerra II y I respectivamente, lo que debe ser valorado con prudencia. Esa etapa ha sido fechada frecuentemente en yacimientos funerarios: La Atalayuela 2170 ± 70 a. C., 2160 ± 60 a. C. y 2110 ± 60 a. C., Los Llanos 2140 ± 120 a. C., y en el nivel de habitación IIC de Los Husos 1970 ± 110 a. C.

3. *Eneolítico Final-Bronce Antiguo*: Este período, como todo lo que se refiere a la Edad del Bronce, es poco conocido, al carecer de datos y referencias suficientes y oportunas. En el Eneolítico Final se quiere ver la etapa posterior al campaniforme, que en sí misma es poco clara. Si hemos señalado que el campaniforme se encuentra en contextos fechados en el 1500 a. C., cronológicamente Edad del Bronce Medio, ¿qué elementos pueden sernos válidos para conducirnos por el Eneolítico Final-Bronce Antiguo, enmarcado entre el 1750 y 1500? La industria lítica ha perdido ya mucha fuerza, sustraída por una actividad metálica evolucionada: puñales de lengüeta, puntas de palmela, puntas de pedúnculo y aletas, punzones losángicos. La industria ósea parece imitar a la metálica, de ahí las puntas de pedúnculo y aletas, ya conocidas en algunos de sus modelos durante el momento campaniforme. Para la definición de este período nos apoyamos principalmente en los yacimientos de La Peña de Marañón, Solacueva de Jócana y Gobaederra. La Peña de Marañón justifica las dificultades con que tropezamos en el estudio del Eneolítico-Edad del Bronce por el aparente *continuum* en las formas de vida, pues durante su excavación no se apreciaron motivos para discernir geológicamente niveles dentro del paquete b, a pesar de que arqueológicamente se vislumbraba una lógica evolución material que las fechaciones de carbono 14 corroboraron.

4. *Bronce Medio-Final*: Pocas son las observaciones a realizar para este momento, ante la falta de estratigrafías, y la casi absoluta carencia de datos cronológicos. Este período de gran esplendor en otras

comarcas peninsulares, apenas si se ve reflejado en nuestro territorio, ya que desde finales del Eneolítico hasta la irrupción de las primeras manifestaciones centroeuropeas apenas si hay modificaciones culturales de interés. El mayor protagonismo corresponde a la industria metálica donde encontramos hachas argaroides, puñales de remache de tradición europea y puntas de flecha de pedúnculo largo con tope. El poblado de La Hoya, con unos niveles inferiores de la Edad del Bronce, fechado en el 1460 a. C. y 1270 a. C. ejemplariza la llegada de nuevas poblaciones y el encabalgamiento del Bronce Final con la Edad del Hierro I (76).

El megalitismo vasco ha sido sobradamente analizado y estructurado por diferentes autores. De hecho configura el inicio de una ciencia arqueológica moderna desde la primera mitad del siglo pasado, en la que ya participan las instituciones públicas (77). La intensidad de los estudios ha permitido que germinaran teorías de muy diversa índole en lo que respecta a su origen o difusión, y a su encuadre cronológico. Las grandes líneas de investigación proponían desde una unidad cultural pirenaica de cronología marcadamente Eneolítica, hasta una relación entre el foco vasco y el salmantino-portugués, bien desde la cornisa cantábrica o remontando el valle del Duero, sin olvidar tampoco a quienes buscaban una procedencia desde el sur peninsular, apoyándose para ello en los excepcionales dólmenes de Artajona o elementos muy concretos de los ajuares (78).

Actualmente las interpretaciones sobre el fenómeno dolménico de la comarca que estudiamos se han precipitado vertiginosamente, gracias a los descubrimientos de nuevas estaciones dolménicas muy ricas en datos (79), de tal modo que el antiguo foco dolménico, que

4. EL COMPLEJO MEGALITICO

(76) BARANDIARAN, I., 1985-1986, «Presupuestos culturales... o. c.», pp. 24.

(77) Como en la excavación de Aizkomendi en 1832 con participación y aval de la Diputación Foral de Alava.

(78) Un resumen de los títulos y autores más significativos son BOSCH GIMPERA, P., 1923, *El problema etnológico vasco y la antropología*, San Sebastián; PERICOT, L., 1950, *Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*, Barcelona; MALUQUER DE MOTES, J., 1974, «En torno a la cultura megalítica de la Rioja Alavesa» en *Estudios de Arqueología Alavesa*, t. 6, pp. 83-90; APELLANIZ, J. M., 1974, «El grupo de Los Husos... o. c.»; APELLANIZ, J. M., 1975, «El grupo de Santimamiñe... o. c.»; ARMENDARIZ, A., 1987, «Problemas sobre el origen del megalitismo en el País Vasco... o. c.»

(79) Estas nuevas estaciones se localizan en los alrededores de Simancas (Valladolid), Sedano (Burgos) y margen derecha del río Ebro (La Rioja), no faltando incorporaciones de nuevos megalitos en estaciones ya conocidas, como en las de Murumendi y La Rioja Alavesa. Las referencias bibliográficas son muy numerosas, y, dejando aparte las memorias de excavación pueden citarse: CAMPILLO, J., 1984, «Hacia una sistematización del fenómeno dolménico en el N. W. burgalés» en *Kobie*, n.º XIV, pp. 143-170; DELIBES, G. y SANTONJA, M., 1986, *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, ed. Diputación Foral de Salamanca, Salamanca, pp. 225; DELIBES, G.; ALONSO, M. y GALVAN, R., 1986, «El Miradero: un enterramiento colectivo del tardoeneolítico de Villanueva de los Caballeros» en *Estudios en Homenaje al doctor Antonio Beltrán Martín*, pp. 227-236; DELIBES, G.; ALONSO, M. y ROJO, M., 1986, «Los sepulcros colectivos del Duero Medio y las Loras, y su conexión en el foco dolménico riojano» en *El megalitismo en la Península Ibérica*, pp. 181-197; PEREZ ARRONDO, C., 1987, «El fenómeno megalítico en la margen derecha del Ebro: Estaba de la cuestión y principales problemas» en *El megalitismo en la la Península Ibérica*, pp. 159-180.

se circunscribía prácticamente al área vasca, ha ampliado sus fronteras, surgiéndose, incluso, la denominación de una *facies funeraria neolítica* «San Martín-El Miradero» para aglutinar cuando menos parte de los enterramientos de este territorio (80), concebida más como *área cultural* que como manifestación de una *cultura* plena (81).

Hoy día nadie duda del origen occidental de los dólmenes vascos y riojanos, cuyo camino está jalonado por las manifestaciones megalíticas salmantinas, vallisoletanas y burgalesas. Pero así como ha sido señalada para los monumentos burgaleses la posibilidad de una convergencia de distintas corrientes megalíticas (82), no se puede obviar que la unidad que representan los dólmenes vascos no es sinónimo de homogeneidad o uniformidad, y que durante la larga utilización de los mismos han podido recogerse diversas influencias, reflejadas con claridad en los ajuares (83). Independientemente de cual sea el origen y la difusión de nuestro megalitismo, muy probablemente deudor del occidente peninsular, hay una coincidencia general en atribuir la génesis de este fenómeno al pleno Neolítico, ya en la segunda mitad del cuarto milenio, con escaso desfase en relación a otras áreas peninsulares, basando esta teoría tanto en el análisis de los ajuares como en las recientes fechaciones: Ciella 3340 ± 40 a. C., Trikuaziti I 3300 ± 40 a. C. y El Miradero 3205 ± 35 a. C. y 3165 ± 35 a. C. (84) Las estratigrafías de San Martín y Peña Guerra II, y dataciones de megalitos hacia la mitad del segundo milenio —Peña Guerra I y Peña Guerra II nivel II— confirman la larga utilización de los dólmenes, estableciéndose fases intermedias por medio de *fósiles-guías* como puede ser la cerámica campaniforme.

(80) Se insiste en el carácter funerario de esta facies porque no se conoce otro tipo de yacimiento que lo defina, lo que no excluye su existencia (DELIBES, G.; ALONSO, M. y ROJO, M., 1986, «Los sepulcros colectivos del Duero Medio y las Loras... o. c., pp. 187).

(81) «este particular grupo dolménico no sea tanto manifestación de una *cultura*, en el sentido más estricto, como de un *área cultural*, entendiendo por ello un espacio en el que prenden determinados valores culturales afines, bajo los que, sin embargo, podrían subyacer no menos marcadas diferencias, por ejemplo de tipo económico... o, menos probablemente, sociales (Ibidem 195).

(82) «unas llegadas del círculo megalítico occidental remontando el curso del Duero, otras del mediterráneo, a través del foco catalán y retomadas por el grupo pirenaico occidental» (CAMPILLO, J., 1986, «Memoria de las excavaciones realizadas en el término de Tablada de Rudrón (Burgos). El túmulo campaniforme de Tablada de Rudrón (Burgos)» en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, t. 26, pp. 7-86 (50). En este sentido véase Delibes y Santonja (DELIBES, G. y SANTONJA, M., 1986. *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca...* o. c., pp. 158) cuando afirman la identidad de la población de la Lora y sus contactos, o comercio, con el occidente peninsular y el mediterráneo.

(83) DELIBES, G., 1983, «El País Vasco, encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo... o. c.; ALDAY, A., 1987, «Los elementos de adorno personal y artes menores en los monumentos megalíticos del País Vasco meridional» en *Estudios de Arqueología Alavesa*, t. 15, pp. 103-353; ALDAY, A., 1988, «Aportaciones al panorama cultural en la secuencia Neolítico-Edad del Bronce del País Vasco Meridional» en *II Congreso Mundial Vasco. Congreso de Historia, t. I, de los orígenes a la Cristianización*, pp. 41-59.

(84) Hay que recordar que sólo algunos de los materiales de Ciella y de Trikuaziti I se adecúan con las fechaciones obtenidas. Y que si recoger muestras de carbones de los suelos más inferiores, para datar los monumentos, es práctica común, no elimina un cierto riesgo, a no ser que sea atestiguada una clara relación entre los carbones y un rito fundacional, lo que no siempre se consigue.

Una reciente periodización del fenómeno dolménico de nuestra área se debe a T. Andrés (85), quien distingue hasta seis etapas con identificación del ajuar que debe corresponder a cada una de ellas. La subdivisión que propone está más cerca de un plano meramente teórico que del práctico, ya que con las bases materiales que disponemos dentro de contextos tan revueltos nos resulta muy difícil aceptar las matizaciones que nos sugiere, y la misma autora es consciente de ello, de hecho las conclusiones a las que se han llegado aplicando estas hipótesis *distan de ser espectaculares* (86): con base en la industria lítica, apoyo fundamental para la periodización (87), no se pueden admitir tantas subdivisiones: bien es cierto que el hallazgo coincidente de geométricos y foliáceos podría indicarnos dos momentos de utilización del monumento, lo que supone aceptar de *facto* la no perduración de las armaduras geométricas, idea no generalizada entre todos los investigadores. Esta apreciación es válida para otras asociaciones materiales. Por otro lado se ha comprobado la coetaneidad de los distintos modelos de campaniforme en el yacimiento riojano de La Atalayuela, con lo que la seriación propuesta resta en entredicho, con una fechación como el Ciempozuelos anterior a la que Andrés propone. Asimismo las dataciones absolutas de la estación megalítica de Nalda amplían el uso del campaniforme hasta mediados del segundo milenio, si bien podría ser un fenómeno retardatario de perduración local. Ciertos elementos metálicos, como los punzones, son muy dudosos fósiles-guías, pues queda clara su utilización en varios momentos sin distinción morfológica clara. Para los huecos labrados —ídolos-espátulas en nuestra terminología— su clasificación en el 2700-2500 a. C. puede ser tardía, siendo más probable su elaboración durante el final del IV milenio, como indicarían algunas fechaciones radiocarbónicas de la Meseta.

Con mayor prudencia a la hora de intentar una seriación temporal de los megalitos, podríamos distinguir con claridad meridiana tres momentos: uno inicial enraizado en el Neolítico, otro campaniforme y uno último, más difuso, posterior a éste. Quizá sea posible entrever algunas fases intermedias, concluyendo un cuadro como el siguiente:

—Una fase primera o inicial, Neolítica, cuyo inicio se fecha con bastante seguridad en el último tercio del cuarto milenio. En su ajuar no están ausentes las armaduras geométricas, y con toda seguridad tampoco los ídolos-espátulas.

—Una segunda fase intermedia, continuación de la primera, y cuyas fronteras cronológicas y materiales son difíciles de establecer. Esta fase, ya dentro del Eneolítico, se manifiesta en conjuntos industriales

(85) ANDRÉS, T., 1986, «Sobre cronología dolménica: País Vasco, Navarra y Rioja»... o. c.

(86) «los elementos que podemos manejar no permiten muchas más elucubraciones que las expuestas en páginas anteriores, y aún éstas pueden resultar excesivas para el difícil equilibrio que debemos mantener entre las posibilidades que ofrece el análisis cronológico de los objetos y el peligro que supone perder la consciencia de la verdadera cualidad de los datos arqueológicos» (Ibidem pp. 262 y 258).

(87) Ibidem pp. 256.

con foliáceos de retoque plano invasor, y con más dudas, cubriente. También sería tal vez posible que corresponda a ajuares donde los microlitos geométricos coincidan con algún elemento poco evolucionado de retoque plano, como ocurre en Kurtzebide, fechado en el 2495 ± 90 a. C.

—La tercera fase viene representada por lo campaniforme. La aparición sistemática de elementos campaniformes en el interior de los dólmenes nos lleva a pensar que no se trata de inhumaciones intrusivas, como se han definido habitualmente, sino más bien de un intencionado reaprovechamiento de los megalitos como lugar sepulcral. De todas formas, atendiendo al escaso número de ajuares campaniformes en el conjunto de los dólmenes, y en cada caso particular, no se debería desechar la idea de un continuado uso (y por tanto no reaprovechamiento) de los mismos con ciertas innovaciones materiales que no afectan al significado propio del ritual. Es recomendable la aceptación de esta fase por motivos prácticos de ordenación de los hechos prehistóricos, pero sin querer indicar con ello la existencia de una ruptura brusca. No estamos seguros de que se pueda valorar lo campaniforme como un hecho diferencial. Sí es cierto de todas formas que el ajuar se va modificando, ya que en esta fase lo geométrico ha sido totalmente sustituido por las puntas de flecha foliformes y de pedúnculo y aletas con retoque plano, y que el metal tiene una segura representación, por ejemplo con las láminas enrolladas de oro.

—Por último una cuarta fase se define por la presencia de elementos postcampaniformes tales como la cerámica carenada, o una industria metálica evolucionada que cuenta con punzones losángicos, hachas del tipo argárico y argaroides y puntas de pedúnculo y aletas, también confeccionadas sobre hueso.

Ya se ha señalado que el fenómeno megalítico no es homogéneo, y aunque se ha demostrado que todos los tipos dolméricos son coincidentes entre sí, y de cronología antigua (88), los procesos evolutivos no tienen por qué ser lineales en todos los casos: Que se acepte una cronología Neolítica en la génesis de nuestro megalitismo no significa, obviamente, que todos se edificaran en ese momento. Se han sugerido fases de abandono para ciertos monumentos (89), lo que no es generalizable. Cualquiera de las fases anteriormente consideradas no tienen por qué estar necesariamente representadas en todos los monumentos. Este axioma es claro por lo que respecta a lo campaniforme, muy desigualmente extendido en nuestro ámbito. Cada monumento sigue una evolución propia que no debe de concordar necesariamente con la de su vecino, aunque se describan unos comportamientos generales (90).

(88) CAVA, A., 1984, «La industria lítica de los dólmenes del País Vasco meridional» en *Veleia*, t. 1, pp. 51-145.

(89) Ibidem pp. 245; ANDRES, T., 1987, «Megalitismo de la vertiente izquierda del Ebro Alto y Medio: algunos problemas y perspectivas» en *El megalitismo en la Península Ibérica*, pp. 149-157.

(90) Un ejemplo está en los monumentos megalíticos de Valladolid, cuyo origen debe ser sincrónico a los salmantinos y vascos, pero su evolución más corta, pues faltan los elementos campaniformes, no ausentes en las regiones vecinas a esta provincia.

En oposición a lo que ocurre con los estudios sobre el megalitismo, que han tenido una continuidad y fluidez cuando menos desde la segunda década de este siglo, los trabajos sobre las cuevas sepulcrales no han contado todavía con un análisis global que encuadre y defina su cronología y características principales. Generalmente se han elaborado cartas de distribución para ámbitos locales o provinciales (91), o descrito los ritos internos que conlleva esta práctica funeraria o clasificado, eso sí, someramente, los tipos de cavidades (92). Esta escasez de investigaciones es causa principal de la irregular distribución de las cuevas sepulcrales, que no coinciden con un mapa geológico que represente las distintas redes kársticas: si bien son muy abundantes en las tres provincias de la Comunidad Autónoma Vasca, y norte de Burgos (aunque en esta última área son conocidas por las prospecciones efectuadas por diferentes equipos, no habiéndose efectuado excavación alguna, salvo en Orejones de Montescusu, desconociendo el paradero de la mayor parte de los materiales) pocos ejemplos son conocidos en Navarra y La Rioja, probablemente debido a una falta de prospecciones sistemáticas, como acertadamente ha indicado J. M. Rodanés (93). Recientemente dos trabajos han estructurado, a escala provincial, el conocimiento sobre este tipo de yacimiento. El primero de ellos se debe a A. Armendáriz y F. Etxeberría para Guipúzcoa y el segundo a A. Alday y A. Ruiz de Garibay para Alava (94): ambos coinciden en que no se puede establecer un modelo de cueva sepulcral, pues sus morfologías, orientación, accesibilidad y visibilidad varían considerablemente, aunque sí parece verse en Guipúzcoa algún tipo de selección, con preferencia hacia espacios reducidos. De hecho, sí es incontestable que entre las cavidades se eligen preferentemente las cuevas frente a los covachos y los abrigos bajo roca.

Las estratigrafías, las fechaciones de carbono 14 y un mayor control sobre las evidencias materiales van ofreciendo cada vez más luz sobre el encuadre cultural y temporal del rito sepulcral en cuevas, pero son aún datos fragmentarios e insuficientes como para obtener una visión total y segura del fenómeno. Se comienza a sugerir que sus inicios en nuestro territorio es contemporáneo a la fundación de los primeros dólmenes, basándose para ello en las fechaciones absolutas de Fuente Hoz (95). No volveremos a insistir sobre la irregularidad del

5. LAS CUEVAS SEPULCRALES

(91) FERNANDEZ IBAÑEZ, C., 1977-1988, «Relación de los últimos yacimientos prehistóricos hallados en cavernas vizcainas» en *Caesaraugusta*, nº 51-52, pp. 111-116; NOLTE, E., 1968, *Catálogo de cuevas y simas de la provincia de Vizcaya*, Bilbao (complementos a este catálogo han sido publicados por el mismo Nolte en 1970, 1978 y 1983).

(92) APELLANIZ, J. M., 1974, «El grupo de Los Husos... o. c.

(93) «En la Rioja hasta la fecha, si exceptuamos la posible inhumación individual del problemático yacimiento de cueva Lóbrega, y los cráneos de Cuevas Niños, no conocemos ninguna cavidad utilizada con fines funerarios, probablemente debido a la falta de prospecciones» (RODANES, J. M., 1986, *La industria ósea... o. c.*, pp. 75).

(94) ARMENDARIZ, A. y ETXEBERRIA, F., 1983, «Cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce en Guipúzcoa... o. c.»; ALDAY, A. y RUIZ DE GARIBAY, A., 1988, «Consideraciones para un estudio de los asentamientos humanos en las cavidades alavesas» en *Estudios de Arqueología Alavesa*, 16, pp. 199-233.

(95) DELIBES ET ALII, 1985, *Historia de Castilla y León I. La prehistoria del*

ajuar que acompaña a los inhumados de esta cavidad, ni tampoco a la problemática de las datas ofrecidas. Más seguridad nos ofrece la fecha de 3335 ± 65 a. C. del enterramiento individual de Marizulo, que concuerda bien con la obtenida en el dolmen burgalés de Ciella — 3340 ± 40 a. C.—. El hecho de que se trate de una inhumación individual protegida por losas nos está marcando, posiblemente, una primera fase de enterramientos individuales, patente también en la sucesión, bastante rápida en el tiempo, de las inhumaciones de Fuente Hoz y del nivel II del abrigo del Padre Areso. En este yacimiento navarro a la mencionada inhumación del Neolítico Medio-Final se superponía otra en el estrato Calcolítico-Bronce Antiguo (Nivel I) (96). Ello nos está indicando o bien una evolución más pausada desde los enterramientos individuales a los colectivos que en el caso de Fuente Hoz, o bien, que en dicho abrigo se asiste a unas prácticas mortuorias a caballo entre cueva sepulcral y fosa.

En La Peña de Marañón no ha podido fecharse el nivel c, de enterramientos, pero sí los inmediatamente superiores e inferiores, por lo que se considera que la práctica funeraria *podiera haberse desarrollado durante las fechas abarcadas entre el 3500-3400 y el 2800 B. C., en un contexto cultural del Neolítico medio-final y/o Eneolítico Inicial* (97). Sin embargo el apogeo de las cuevas sepulcrales tiene lugar, sin duda alguna, en el Eneolítico-Edad del Bronce, así lo demuestran las fechaciones de carbono 14 y el control tipológico de los ajuares. Recordamos ahora las dataciones de 2780 ± 110 a. C. en Los Husos IIIB, 2660 en Urtao II, 2520 ± 80 a. C. en Peña Larga III, 2290 ± 140 a. C. en Abautz b2, 2180 ± 110 a. C. en Iruaxpe I (98), en 1970 ± 110 a. C. en Los Husos IIC y en 1710 ± 110 a. C. en Gobaederra.

En cuanto a los tipos industriales hay elementos tales como la cerámica campaniforme de Los Husos IIC, de Guerrandijo, como los foliáceos y las puntas de pedúnculo y aletas en sílex de Abautz b2 y b1, Gobaederra y Guerrandijo, o los objetos metálicos, muy abundantes y definidos en Gobaederra, que caracterizan con relativa exactitud momentos culturales precisos.

Con todo ello se puede afirmar que el fenómeno sepulcral en cuevas arranca, en esta zona en el último tercio del cuarto milenio, y continúa sistemáticamente, sin solución de continuidad, durante el Eneolítico y la Edad del Bronce, perdurando, ocasional y aisladamente, en la Edad del Hierro y la Romanización. Desgraciadamente no tenemos todavía ni criterios ni argumentos seguros como para poder establecer subetapas internas.

valle del Duero, ed. Ambito, Valladolid, pp. 35 y ARMENDARIZ, A., 1987, «El fenómeno funerario en la prehistoria del País Vasco: Neolítico y Edad del Bronce» en El medio físico y humano en la historia de Euskal-Herria. VI cursos de verano de la Universidad del País Vasco, San Sebastián, pp. 97-107 (100).

(96) BEGUIRISTAIN, M. A., 1987, «Nuevos datos sobre el ritual funerario... o. c., pp. 205-207.

(97) CAVA, A. y BEGUIRISTAIN, M. A., 1987, «Cronología absoluta de la estratigrafía del abrigo de «La Peña»... o. c., pp. 124.

(98) Con dos fechaciones erróneas por el carácter revuelto del depósito, como ya se ha indicado anteriormente.

